

pecial hacia el clero regular, que no se podrá ocultar á nadie. Los diez años de la horrible dominacion del poder teocrático y cruelmente despótico del último período en que reinó Fernando VII, pesaban de una manera terrible sobre la memoria del pueblo español. Sabido es que los frailes y los jesuitas habian atizado el odio de aquel tiránico Gobierno contra todos los liberales, incitándole á una persecucion cruel, que tantas desgraciadas víctimas habian sellado con su sangre; sabido es que sus predicaciones habian anatematizado en todas las formas y con un rencor feroz á las doctrinas liberales y á cuantos se hacian sospechosos de profesarlas, y que encarnizados enemigos de toda idea de progreso, se habian valido de toda la influencia que el fanatismo de la época les habia proporcionado, para hacer á los liberales el blanco de las iras de aquellos Gobiernos opresores. Esto no lo olvidaba el pueblo, que instintivamente profesaba á los frailes el mismo odio, el mismo rencor con que ellos le habian perseguido; así es, que en el momento en que encontró alguna ligera expansion, y conoció que la situacion principiaba á ser suya, pensó en la terrible ley de las represalias, y aprovechó la primer coyuntura que se le presentó de vengar, de un modo injusto y cruel, es verdad, pero legítimo á sus ojos, los agravios que habia recibido.

Además de esto, bien conocidas eran las simpatías del partido clerical hacia la causa de D. Carlos, y que los frailes eran los primeros instigadores, los más ardientes corifeos de aquel partido que habia encendido en la Península la espantosa hoguera de la guerra civil, que con sangre española estaba ya regando los inermes campos. En las filas de los facciosos figuraban muchos curas y frailes, que escitaban al pillaje y al esterminio, fanatizaban á los ignorantes y los armaban contra el Gobierno constituido. Esto acrecentó el odio que el pueblo abrigaba contra ellos, y apresuró aquella espantosa matanza, que ningun derecho legitimaba, pero que la ignorancia y la efervescencia de las pasiones populares llevó á cabo de una manera cruel.

Toda persona de sentimientos humanitarios y generosos, debe abominar aquel escandaloso abuso que á la sombra de la libertad se perpetró y que tan indigno es de un pueblo culto que aspira á ser libre, porque la libertad ante todo debe basarse en la justicia, en la generosidad y en la tolerancia. Sin embargo, muchos ejemplos presenta la historia de todos los pueblos, de represalias de este género. Los primeros responsables de tan atroces crímenes, deben ser á los ojos del filósofo los primeros agresores, los que dieron primero motivo de venganza á sus enemigos, los que llamándose sacerdotes de una religion que respira paz y mansedumbre se arrojan á criminales abusos, escitan las pasiones, y llegan por último á ser víctimas del incendio que ellos mismos atizaron. No será este por desgracia el último ejemplo que tengamos que presentar de estas feroces represalias en la historia de la lucha entre la libertad y la tiranía.

De cualquier modo, al Gobierno y á las autoridades de aquellos dias toca una parte no pequeña en la responsabilidad de aquellos escesos, que su energía debiera haber estorbado, si no en los primeros momentos de la explosion, porque esto hubiera sido imposible, cuando hubiera llegado á su conocimiento: por el contrario, la apatia y la indiferencia de aquellos gobernantes fué tal, que no tomaron la menor determinacion que indicase su deseo de impedir tan horri-